

**Oración para iniciar la reunión**

Señora santa María,  
Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:  
como hija, esposa y madre,  
conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.  
Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia  
para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.  
Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor  
el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.  
Muéstranos tu protección de Madre  
y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

**ESQUEMA:**

1) INTRODUCCIÓN .....	1
2) EL TIEMPO Y LA CRISIS CONTEMPORÁNEA .....	1
3) EL TIEMPO Y LOS TIEMPOS DEL PERDÓN .....	3
4) APRENDER A VIVIR EL PERDÓN EN EL TIEMPO.....	4
5) RESUMIENDO .....	6
6) CONCRETANDO .....	6
7) PRÁCTICA FAMILIAR .....	6
8) REFERENCIAS.....	6

**TEMA 3. LA TEMPORALIDAD DEL PERDÓN**

**1) Introducción**

El mes pasado profundizamos en la naturaleza del perdón como un don perfecto. Constatamos el lazo que vincula dar, donar y perdonar, a la vez que reconocimos la singularidad del perdón como vértice de la dinámica del don, capaz de superar la ofensa. Lejos de cualquier idealismo espiritualista, nuestra experiencia cotidiana atestigua que el don de sí puede ser rechazado, dando lugar a una ofensa, que conlleva siempre un sufrimiento personal. ¿Cómo restablecer la dinámica del don?

Uno de los elementos que caracterizan de modo original la vida conyugal y familiar es que las relaciones interpersonales que la configuran se mantienen y perduran a lo largo del tiempo. En efecto, no somos cónyuges por un tiempo, sino hasta que la muerte nos separe, y lo mismo podemos decir de ser hijos, hermanos, padres... De ahí que el perdón merezca una atención totalmente particular para poder vivir las relaciones en la trama narrativa en la que se va tejiendo nuestra vida. En tal sentido, los psicólogos nos dicen que el perdón es un potente índice de predicción de la estabilidad en la vida familiar.

Por esta razón vamos a reflexionar este mes sobre la relación entre el perdón y el tiempo. Será bueno introducirnos, en primer lugar, en el misterio de la temporalidad; después, en un segundo momento, nos preguntaremos cómo aprender a vivir la temporalidad del perdón, cómo elaborar el tiempo para que nuestra trama narrativa no quede fragmentada y finalmente rota. Finalmente, a la luz de la Sagrada Escritura, buscaremos algunas pistas para aprender a vivir el perdón en el tiempo.

**2) El tiempo y la crisis contemporánea**

Tradicionalmente el símbolo del tiempo ha sido la del río. El flujo pasajero del agua evoca el discurrir del tiempo. Esta imagen tan intuitiva puede tener dos lecturas en función de si nos situamos en la orilla del río o si nos situamos en el interior de la corriente. Aristóteles se situaba en la primera perspectiva y

consideraba el tiempo como la medida del movimiento según el antes y el después. Se trata del tiempo cósmico, que transcurre independiente de nuestra percepción y estado de ánimo. Es el tic-tac del reloj que fluye de modo continuo e inexorable. Esta concepción del tiempo evoca como una fuerza a la que estamos sometidos y que ejerce un desgaste constante sobre las cosas.

San Agustín, en el libro XI de su obra *Las Confesiones* aborda el fenómeno del tiempo. En su penetrante análisis tropieza con algo sorprendente. Se trata de lo siguiente: en el instante en que me dispongo a llamar presente a algo, este presente es ya pasado y ha cedido su puesto a un nuevo instante. Así el presente sería únicamente el punto inextenso en que se entrecruzan pasado y futuro. La impresión del presente surge porque nuestra conciencia condensa en una unidad un espacio de tiempo y lo entiende como su presente. Se trata del tiempo psíquico, donde el presente puede tener muy diferentes acentos. En su visión de la historia, el santo de Hipona advierte que hay tiempos que están totalmente repletos con el pasado. En segundo lugar, otras épocas están tan completamente absorbidas por la angustia del instante que no queda posibilidad de mirar atrás o adelante. Y en tercer lugar hay épocas con todo su peso en el futuro, con un presente totalmente relleno con la mirada al mañana. Para Agustín, el presente del cristianismo primitivo era de esta clase. En una época histórica (la del Imperio romano) repleta con el pasado, el cristianismo primitivo lo consideró todo como fundamentalmente acabado, y se abrió por completo a esperar el mundo nuevo que aguardaba de Cristo que habría de volver. Nuestro tiempo, de forma completamente nueva, es también de esta clase, es decir, mira hacia el futuro (la diferencia es que piensa que este futuro viene de las manos del hombre, por el progreso técnico, y por eso nuestra mirada al futuro es muchas veces insegura e incluso angustiada).

Agustín insiste en la interioridad del tiempo. Se puede vivir el presente como atención, vigilancia, o también como parece sugerir el filósofo francés Paul Ricoeur como ligado a la acción, a la iniciativa. Podemos preguntarnos si el tiempo anímico, subjetivo, así descrito, y el tiempo cósmico, exterior y objetivo al que apuntaba Aristóteles se pueden componer en una unidad. La experiencia del tiempo atestigua una ruptura; el tiempo nos aparece como disgregación de la propia identidad. Ahora bien, esta fragilidad y debilidad podría ser una apertura más allá de nuestro aislamiento. Es decir, el tiempo puede vivirse como un éxodo, y ser convertido en tiempo del amor, como una apertura que hace posible trenzar vínculos y comunión, haciendo la vida más ancha e intensa.

La época moderna ha introducido una crisis en la vivencia del tiempo. Se trata de vivir el tiempo aceleradamente, de modo vertiginoso. El vértigo, como explica muy bien López Quintás, no es solamente miedo o pánico a las alturas, sino un proceso falaz y traidor: nos promete, al principio, una vida intensa y cumplida, y nos lanza súbitamente por una pendiente de excitaciones crecientes, que no hacen sino apegarnos al mundo fascinante de las sensaciones alejándonos del encuentro. Ya San Agustín afirmaba que el hombre que quiere devorar el tiempo acaba siendo devorado por él.

En los epígonos de la modernidad, sin desaparecer esta aceleración del tiempo, ha ido creciendo el fenómeno de la dispersión temporal. Se trata de la crisis de la disincronía, pues el tiempo carece de ritmo ordenado, pierde el compás, y va dando tumbos sin rumbo alguno. El responsable principal de esta crisis es la

atomización del tiempo, que no permite experimentar ningún tipo de duración. A la atomización de la vida le sigue la de la propia identidad. De este modo el tiempo vivido como instantes inconexos entre sí da lugar al sujeto líquido, emotivo, incapaz de generar una historia de amor.

### 3) *El tiempo y los tiempos del perdón*

En nuestra experiencia cotidiana del perdón, todos podemos reconocer que el tiempo es un ingrediente constitutivo del mismo. El perdón no depende de la sola voluntad de una o más personas, sino que requiere la participación del tiempo. En efecto, entre la profundidad de la ofensa y la altura generosa del perdón, hay siempre una desproporción que obliga a una elaboración del tiempo. Todos nos damos cuenta que no hay recetas en el perdón. La novedad de las acciones requiere que el perdón siempre sea nuevo. Pero, a la vez, es posible edificar el perdón.

De este modo, excluimos de entrada dos falsas respuestas a la cuestión de la temporalidad del perdón. La primera es considerar superfluo el tiempo para perdonar. Es suponer que el perdón puede ser automático, instantáneo, como si pudiera ser inmediatamente concedido con una varita mágica, por arte de birlibirloque. Todo perdón necesita de su momento oportuno; podríamos hablar de un tiempo propicio para el perdón. La palabra tiempo, como sabemos tiene un doble significado: como temporalidad y como estado atmosférico. La palabra tempestad, que proviene del latín popular *tempestas*, indica tiempo atmosférico y, por extensión, mal tiempo; el mismo término en el latín clásico es *tempestus*, de *tempus*, indica tiempo cronológico y, por extensión, “lo que llega a tiempo”. Tras la tormenta de la ofensa, la tempestad del perdón supone un pasado que estalla de manera imprevisible, como el rayo, pero a la vez “a tiempo”. Shakespeare, en el *Mercader de Venecia*, escribe que el perdón no puede ser constreñido, sino que “cae del cielo como la suave lluvia”.

La segunda falsedad estriba en considerar que basta con dejar correr el tiempo para que el perdón sobrevenga. Es creer que el tiempo por sí mismo tiene valor terapéutico y, por consiguiente, el hombre no habría de hacer nada para que aconteciera el perdón. Pero, como podemos reconocer en nuestra experiencia, el tiempo por sí solo no basta para curar todas las heridas. Lo que contribuye al perdón es la potencia y configuración del tiempo, no su simple paso.

El perdón siempre es humanamente difícil, incluso imposible. Si como vimos el mes pasado es un don perfecto, el don instituye siempre una tarea. Perdonar es siempre una tarea que se logra con el tiempo. En este sentido, el perdonar supone a la vez un trabajo *en* el tiempo y *sobre* el tiempo. El tiempo propio del perdón es el tiempo con aroma, que adquiere duración, que cobra nuevamente tensión narrativa. La ofensa es, en el fondo, pérdida o ruptura narrativa. La ofensa paraliza el tiempo y nos aprisiona en el pasado. De ahí la experiencia de volver una y otra vez sobre lo que hicimos o nos hicieron. De este modo la ofensa impide el flujo del tiempo, mientras que el perdón devuelve consistencia y aroma al tiempo.

En la novela del escritor francés Paul Bourget (1852-1935) titulada *Nuestros actos nos siguen*, se plantea la cuestión de la dramaticidad de nuestras acciones y el misterio de la redención de las mismas. Georges Muller, padre del



protagonista de este relato, es incapaz de revelar su identidad ante la persecución y posterior homicidio de un “doble” muy parecido a él arrojado al río Sena por sus perseguidores. Georges intentó en vano ocultar la acción perpetrada en su juventud que le acompaña a lo largo de toda su existencia. Ante la incapacidad de redimir su culpa, Bourget nos ofrece en su obra tres respuestas: la primera, encarnada en Patrick Muller, el hijo de Georges, consiste en acudir a las ciencias humanas para intentar resolver el drama. La psicología social que había estudiado con ardor en Harvard donde conoció el empirismo de Williams James podrían darle la solución del enigma de la vida de su padre. Evidentemente no se trata de menospreciar la aportación que las ciencias humanas han supuesto en la modernidad para conocer mejor al hombre. Sin embargo, Patrick experimenta la insuficiencia de intentar solucionar el drama de modo exclusivamente humano. Su padre no ha actuado solamente “ante sí mismo” y la psicología es incapaz de desatar el nudo que la historia de su difunto padre misteriosamente le ha transferido.

La segunda respuesta que Bourget insinúa consiste en acudir a buscar un chivo expiatorio que a través del mecanismo de la transferencia de la culpa logre resolver la cuestión. Para Martial y el grupo de revolucionarios franceses que él lidera, la sociedad es el origen de todos los males y, por ello, únicamente a través de la revolución y de la transformación radical de la sociedad, el hombre puede liberarse del drama. Con esta disolución del protagonismo de la persona en sus acciones en aras de una utopía social tampoco se penetra en el misterio que encierra la vida de Georges Muller.

La tercera vía que Bourget nos presenta es la que encarna la joven Marie-Jeanne. Envuelta en el ambiente revolucionario que la circunda, comete un homicidio ante el que se ve obligada a responder. La novedad que aparece en ella es la de introducir en su drama la presencia de Dios. “Delante de Dios” es el significativo título de su testamento, que supone unirse a la acción salvadora de Dios que se hace presente en el corazón de nuestras acciones.

Uno de los elementos que llaman la atención de esta novela es cómo el hijo va a tomar el relevo de su padre a la hora de expiar la ofensa cometida. Es como si el hijo recibiera como parte de la herencia de su padre la tarea de restañar y reparar el daño provocado. Esto nos hace caer en la cuenta que en ocasiones el tiempo necesario para perdonar ciertas ofensas es muy grande y cómo podemos ayudarnos en la familia a realizar ese trabajo de elaborar y “cocinar” el perdón.

#### **4) Aprender a vivir el perdón en el tiempo**

“Acercándose Pedro a Jesús le preguntó: “Señor, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces tengo que perdonarlo? ¿Hasta siete veces? Jesús le contesta: “No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete” (Mt 18,21-22). La cifra de setenta veces siete en el lenguaje hebreo viene a equivaler al adverbio “siempre” (Cf. Gn 4,24). San Juan Crisóstomo comenta estos versículos del siguiente modo: “De modo que no encerró el Señor el perdón en un número determinado, sino que dio a entender que hay que perdonar continuamente y siempre” (*Hom. sobre Mt*, 61). La pregunta por la cantidad está en estrecha relación con el tiempo que medimos numéricamente por horas, días y años.

La pregunta de Pedro resulta muy razonable para nosotros. Solemos decir



con cierta frecuencia: “todo tiene un límite” o bien, con el lenguaje de los jóvenes: “esto es una pasada”. Ciertamente, nuestra vida y nuestra capacidad de amar y perdonar es limitada. Nuestras limitaciones, además, crecen con el tiempo. La paciencia, que para Santa Teresa todo lo alcanza, se nos acaba relativamente pronto según qué circunstancias. Nos damos cuentas, así, que hemos de aprender a vivir el perdón en el tiempo. Se trata de un aprendizaje lento, permanente, donde una y otra vez es necesario volver a empezar.

Por su parte San Agustín comenta así este pasaje: “¿qué significa *setenta y siete*? Escuchad, hermanos, un gran misterio, un admirable sacramento. Cuando el Señor fue bautizado, el santo evangelista Lucas mencionó su genealogía por el orden, sucesión y rama que conducía a la generación de la que nació Cristo. Mateo comenzó por Abrahán y, en orden descendente, llegó hasta José; Lucas, en cambio, comenzó a contar en orden ascendente. ¿Por qué uno en dirección descendente y otro en dirección ascendente? Porque Mateo nos recomendaba la generación de Cristo en cuanto que descendió hasta nosotros; por eso en el nacimiento de Cristo comenzó a contar de arriba a abajo. Lucas, por el contrario, comenzó a contar en el bautismo de Cristo; a partir de éste comienza su cuenta ascendente. Comenzó a contar en orden ascendente hasta completar setenta y siete generaciones. ¿A partir de quién empezó a contar? Prestad atención a esto. El punto de partida fue Cristo y el de llegada Adán, el primero en pecar, quien nos engendró a nosotros con el vínculo del pecado. Contando setenta y siete generaciones llegó hasta Adán; es decir, desde Cristo hasta Adán hay las setenta y siete generaciones mencionadas y otras tantas, en consecuencia, desde Adán hasta Cristo. Si, pues, no se pasó por alto ninguna generación, ninguna culpa se pasó tampoco por alto a la que no se deba el perdón. El contar setenta y siete generaciones del Señor, número que el Señor recomendó al hablar del perdón de los pecados, tiene el mismo significado que el haber comenzado a enumerarlas desde el bautismo, en el que se perdonan todos” (*Sermón 83, 5: PL 38, 514*). En esta curiosa interpretación de San Agustín podemos constatar que, de Adán a Cristo y desde Cristo a Adán, el perdón recorre, de generación en generación, toda la historia de la salvación.

La escena de Mt 18,21-22 es seguida por la narración de la parábola del siervo sin entrañas, incapaz de condonar la pequeña deuda tras haber recibido un inmenso indulto del rey (Mt 18,21-35). A continuación se relata la disputa de los fariseos con Jesús (Mt 19,3-9) sobre el divorcio. El Maestro les reprocha su dureza de corazón, su “esclerocardía”. El corazón duro es el de mirada corta, pues es incapaz de reconocer el don originario que ofrece futuro al amor humano. De este modo, únicamente desde el amor originario es posible renovarse y recomponerse cada vez que se rompe la cuerda que nos vincula. Re-cordar, no perder la memoria de la grandeza de la promesa, es crucial para aprender a perdonar una y otra vez en la vida conyugal y familiar.

En todo esto la familia aparece, entre los esposos y de padres a hijos, como el lugar originario para perdonar y aprender a perdonar. Allí recordamos todo lo que se nos ha perdonado y, en este tiempo de la memoria, aprendemos también a desatar las ofensas que otros nos hacen, en ese arte de “desanudar” nuestra historia enredada, que nos recuerda la invocación de María “desatadora de nudos”.

### **5) Resumiendo**

Como hemos podido comprobar, el tiempo es un ingrediente constitutivo del perdón. Ello nos ha llevado a una reflexión sobre el significado del tiempo y su doble dimensión objetiva y subjetiva. Vivimos hoy una crisis de la vivencia del tiempo, relacionada con los cambios de ritmo constantes de nuestros modos de vivir, que provocan arritmias, disincronía, atomización del tiempo.

El perdón requiere elaborar el tiempo, enhebrar, tejer y retejer la trama de nuestra existencia. Si la ofensa tiende a debilitar y romper la unidad narrativa de nuestra historia personal, conyugal, familiar, el perdón restaura, recompone, regenera nuestros vínculos vitales.

Esta tarea es siempre instituida por el don y su lógica que siempre preside la acción de perdonar. Perdonar y ser perdonado en una circularidad virtuosa requiere un aprendizaje vital constante. En la escuela del perdón podemos reconocer su origen en una nueva vida que se presenta como una nueva creación (2Cor 5,17) con un fundamento en la entrega amorosa de Cristo en la Cruz.

### **6) Concretando**

1. ¿Cómo vivimos el tiempo en nuestra vida familiar?
2. ¿De qué manera el tiempo forma parte del evento del perdón?
3. Explica, desde tu experiencia, cómo las ofensas afectan al curso ordinario de la vida.
4. ¿Cómo combatir el desaliento que nace de comprobar que las ofensas se repiten a lo largo del tiempo?

### **7) Práctica familiar**

Recordaros que la práctica para este curso es ejercitarnos en la celebración del sacramento de la confesión. La propuesta es ofrecerlo a todos los miembros de la familia un domingo al mes, y celebrarlo con un postre en la comida o cena de ese domingo.

### **8) Referencias**

PAUL BOURGET, *Nuestros actos nos siguen*, Monte Carmelo, Burgos 2010.

BYUNG-CHUL-HAN, *El aroma del tiempo. Un ensayo filosófico sobre el arte de demorarse*, Herder, Barcelona 2015.